



y concisa los fundamentos teóricos de la recepción en relación con la traducción, y que señala cuál es el camino que seguirán a partir de ahora (y que, de hecho, ya están siguiendo) los estudios sobre la traducción. La visión de Enríquez Aranda sobre éstos es una visión renovada y quizás más compleja que abre muchas puertas (tanto teóricas como prácticas) a la investigación en traducción. De hecho, podría decirse que la obra conforma en sí misma la reformulación metodológica que propone su autora, coherente en todo momento con sus líneas de investigación.

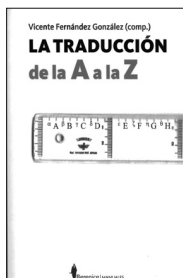
A través de este libro, Enríquez Aranda enseña a ver la traducción de una manera distinta. De hecho, tal y como ella misma apunta, citando a Vidal Claramonte (1998, p. 149), «Esta nueva forma de entender la traducción es, desde luego, más arriesgada, pero también mucho más interesante».

La traducción de la A a la Z

VICENTE FERNÁNDEZ GONZÁLEZ (COM.)
Córdoba, Berenice, 2008, 233 págs.

Juan Jesús Zaro

Estos últimos meses he disfrutado de la lectura de tres libros sobre la Traducción que a la vez me han aportado elementos nuevos o aclarado conceptos hasta ahora difusos. Una combinación que, desafortunadamente, no suele ser muy frecuente. El primero es el de Gregory Rabassa *If This Be Treason. Translation and Its Discontents* (Nueva York: New Directions Books, 2005), una especie de «memorias»



en las que el autor desgana capítulo a capítulo las dificultades que le depararon, en su labor de traducción al inglés, Goytisolo, García Márquez, Vargas Llosa o Clarice Lispector, entre otros cuarenta autores traducidos. Rabassa, reputado traductor al inglés de literatura contemporánea en español y portugués, se esfuerza por definir de modo retrospectivo las características de los escritores que ha traducido y los pequeños, y enormes, desafíos que a partir de ellas hubo de afrontar en su labor traductora.

El segundo es el de Douglas R. Hofslander *Le ton Beau de Marot* (Nueva York: Basic Books, 1997), un ensayo furiosamente antiacadémico en el que, a partir de un pretexto muy bien urdido, las diversas propuestas de traducción al inglés de un poema del poeta francés Clément Marot, el autor expone una serie de reflexiones sobre el acto de traducir. Aunque aparentemente inconexas, Hofslander logra hilvanar, de modo sutil, un discurso coherente en el que anécdotas, alusiones e historias diversas ilustran el funcionamiento de su «mente» traductora y sus estrategias para resolver problemas. Y el tercero es la obra que nos ocupa en esta reseña, el libro del profesor Vicente Fernández *La traducción de la A a la Z*, publicado por Berenice en 2008.

Los tres tienen tres características comunes que merece la pena destacar. Una es su estructura, distinta e innovadora con respecto a la literatura académica que estamos acostumbrados a leer. Otra, la extrema creatividad con que han sido concebidos y realizados para marcar, precisamente, esa llamativa diferencia. Y la última, el haber sido elaborados por expertos y reconocidos traductores, cuya experiencia profesional queda reflejada en ellos en mayor o menor grado.

Pero volvamos a la obra del profesor

Fernández, cuya presencia en ella (él mismo se define como «compilador») parece, a primera vista, escasa, limitándose a la breve introducción y a las notas a pie de página. El libro, estructurado en forma de glosario, se divide en veintisiete secciones, tituladas según las letras del alfabeto (falta la correspondiente a la *LL*) seguidas de una palabra. Así, la primera sección es *A de animal (político)* y se compone de seis fragmentos de escritos de autores tan diversos como Emilio Lledó, Chema Cobo, A. Badiou o Pedro Bádenas de la Peña. Los demás autores citados en las siguientes secciones conforman un conjunto diverso: textos de teóricos extranjeros de la traducción (Baker, Nida, Steiner) conviven con otros de semiólogos y lingüistas (Albadalejo, Barthes, Coseriu, Eco, Lotman), filósofos (Benjamin, Marx, Marina, Ortega y Gasset), profesores e investigadores españoles de la traducción (Peña, Marco, Mayoral, Marín), poetas y novelistas (Bolaños, Cortázar, Vázquez Montalbán, Verne, Homero, Cavafis, Machado) y el propio autor, que incluye trece textos suyos publicados con anterioridad. La mayor parte de los títulos de las secciones en que se agrupan incluyen una palabra claramente relacionada con conceptos o términos traductológicos. Así, *I de Interpretación*, *L de Lengua* o *V de Versiones*. Otros, no tanto. Véanse *D de Derechos*, *E de Exterioridad*, *M de Mitos*, *P de Perplejidad* o *Q de Quizá*. Y otros, finalmente, no parecen tener absolutamente nada que ver con el mundo de la traducción. Es el caso de *C de Cornularias*, *J de Jarabe (de pato)*, *O de Orfe-lunio*, *S de Semiosfera*, o *Z de Zanco Panco*, términos cuya elección sólo se explica al leer alguno de los fragmentos que se incluyen.

¿Es pues este libro una obra fragmenta-

da? ¿Un «collage» y no una antología, como asegura el propio autor en la introducción? Sin duda. Lo que no es, de ninguna manera, es una mera compilación. La intervención del autor se muestra decisiva en dos aspectos concretos, además de en la inclusión de los escritos propios ya mencionados: el primero, la selección de los textos, siempre sugerentes, que inevitablemente revelan sus preferencias y posibles fobias (¿lo que no incluye?), y que dicen mucho de su trayectoria intelectual e humana; el segundo, en su ubicación, que consigue establecer un ágil diálogo entre textos y que unos y otros se complementen. Los dos aspectos evidencian una mente inquieta, ecléctica y sumamente original cuya curiosidad intelectual le lleva a buscar las fuentes más diversas, a veces enfrentadas, en busca de respuestas. Respuestas que llegan al lector oblicuamente, a partir de la diversidad de opiniones, reforzando la coherencia de una obra que está mucho más pensada y trabajada que otras que, a primera vista, aparentan todo lo contrario.

Junto con los dos libros citados al comienzo, esta obra podría incluirse perfectamente entre las lecturas obligatorias de una asignatura de grado o postgrado. Entre otras cosas, demuestra con brillantez que no siempre es necesario seguir los trillados surcos de la escritura académica para transmitir el conocimiento. Y, posiblemente, al estar pensada para provocar el debate, daría lugar al diálogo, un elemento de aprendizaje todavía poco presente en nuestras aulas al que deberíamos recurrir con más asiduidad.

